

Categoría: Cuento**El destino final**

Las vías resonaban mientras el dispositivo colmado de personas las aplastaba. Algunas cabezas se asomaban, buscando respuestas en el andar. Cientos de miradas se perdían en la oscuridad. Algunas voces se preguntaban hacia dónde se dirigían, mientras que otras se apagaban desesperanzadas. Los niños lloraban, mientras que las madres perdían la calma. El artefacto era un mar de plegarias.

Silencio. De pronto el único ruido era el sonido de las barras metálicas sobre las que se desplazaba el ferroviario. Ni un solo murmullo. Ni un solo suspiro. Cientos de mentes pensando. Imaginando. Proyectando. Vivenciando la eternidad. El vacío. La incertidumbre. La ilusión de llegar a un lugar. Si es que había un destino final. Apretujados. Amontonados. Hacinados.

Se hacía de día. El tren corría a gran velocidad. De nuevo el sonido. Gritos exasperados. Disgustados. Irritados. Ojos temerosos tratando de ver a través de las pocas aberturas que nos ofrecían las viejas paredes del vagón de ganado. Nada. El medio de la nada. Desubicados. Descontextualizados. Desarraigados. Aún apretujados. Las horas corrían y corrían. El pasar del tiempo daba comienzo a las conjeturas. Lluvia de especulaciones. Ideas sueltas. Fantasías revueltas. Creencias mágicas. “¿Y si nos llevan al paraíso?” Se preguntaban algunos.

Yo observaba callada. Mi mente alerta luchaba con mis pensamientos. “¿Nos llevan a un buen lugar? ¡No! Nos están secuestrando. ¡No! ¡No pienses en eso Lonia! ¡Vamos a un sitio mejor!”. Mi madre me tomaba de la mano, mi padre me miraba desesperanzado. Mis hermanos se encontraban del otro lado del vagón. “Pero aún juntos en familia estábamos”. Arrinconados. Desencantados. Asustados.

Alarmados resonaban los alaridos de los soldados. “¡Silencio! ¡Estamos prontos a llegar!”. Pero sus palabras eran vacías. No cumplían con sus dichos. Nos engañaban. Nos inducían el miedo. Nos callaban para enmudecer nuestra exasperación.

Transitábamos áreas despobladas. Abandonadas. Desahuciadas. Mientras, una niña me tomaba la mano y me ofrecía jugar a las muñecas. Sólo quería jugar. Entonces accedí a divertirme por un rato, y olvidarme del agobio y el maltrato.

- ¿Cómo te llamas? - le pregunté.
- Soy... Antonella, me respondió -y siguió- estoy aquí sola, mis padres fueron obligados a bajar en la estación anterior -me dijo con una voz cubierta de miedo y angustia.
- ¿Y sabes dónde fueron? - indagaba en busca de una respuesta más clara.
- ¡No! ¡Eso es lo peor! - me respondió, mientras se largaba a llorar a mares.
- Mira... Puedes quedarte conmigo y mis padres. Nosotros te acompañaremos en este viaje. Pronto finalizará.

Entretanto la abrazaba. Mi corazón palpitaba a gran velocidad. Algo olía mal. Las caras de nuestros padres perdían color, y ya no se veían animados. Teníamos hambre, sueño, estábamos furiosos. El tren debía detenerse en algún momento.

Murmullos constantes presagiaban malas noticias. Antonella y yo decidimos comenzar a cantar. Algunas voces se acoplaron a nuestro canto. Así el tren cambiaba de tinte, y se invadía de buen humor. Mis padres me miraban orgullosos, mientras mis hermanos me burlaban. Pero nada a mí me importaba.

- ¡Silencio! -gritaban los guardias. ¡Cállense todos de una vez!

Antonella me miraba. Yo le tapaba los oídos con mis pequeñas manos empapadas de mi propia transpiración por los nervios que me invadían. Mi mirada se cruzaba con la de mi madre, que perdió de repente su reciente sonrisa. Ella miraba a mi padre, quien a su vez miraba fijamente al suelo. Todos de alguna manera conectados, sin saber que pronto seríamos absolutamente desensamblados.

- ¡Segunda parada! - anunciaron. ¡Bajen aquí todos los hombres y niños varones!
¡No debe quedar ningún hombre arriba del tren!

Desesperada me abrazaba a Antonella y mi madre. Mientras, observaba a mi padre y mis dos hermanos bajar del vagón. Mi padre le alcanzó a tirar un beso a mi madre, quien se aguantaba de no llorar. "¿Quién hubiera podido predecir en ese momento, que ese fue su último gesto de amor hacia mi madre? Solo ella".

- Mamá, ¿Dónde se van papá, Jacobo y Mendel? -le pregunté atemorizada.
- No lo sé hija... No lo sé... -decía mientras sus ojos se abrillantaban por las lágrimas.
- ¿Por qué no bajamos con ellos, mamá? ¡Vamos con ellos! ¡Ahora!
- No podemos mi amor... -me decía con voz baja- Debemos cumplir con las órdenes de quienes están al mando del tren, ellos decretan aquí.
- ¿Por qué? ¡Yo no quiero cumplir sus órdenes! ¡Yo quiero a mi papá!
¡Devuélvanme a mi papá!
- Tranquila querida... Tranquila... pronto volveremos a estar con ellos. Ya verás que esto se acabará. Algún día volveremos a estar juntos... En un abrir y cerrar de ojos -me decía mientras su voz me generaba una gran desconfianza-

Recosté mi cabeza en el hombro de mi madre. Mientras tanto acariciaba a Antonella, y le preguntaba:

- Oye Antonella, ¿Sabes por qué tus padres bajaron en la primera parada?
- ¡No lo sé! ¡Me encantaría saberlo! ¡No me dejaron bajar con ellos! ¡Extraño a mi mamá!
- Pero... Cuéntame... ¿Cómo son tus papás?
- Bueno... Mi mamá es la mejor mamá del mundo... tan comprensiva... suave... dulce... tan buena... ¡Está embarazada! Y mi padre bueno, él tenía sus días... Él siempre intento dar lo mejor de sí... No le tocó fácil, hace un mes lo atropellaron y el pobre andaba en muletas de aquí para allá... Ya ni siquiera podía trabajar.

Mi mente se aceleraba. Mis pensamientos se atolondraban. Mis sensaciones colapsaban. Le murmuraba a mi madre, pero ella ya no me escuchaba. Sola. Sola con mis intuiciones y mis malas preconcepciones. Sola, como lo estaría pronto. Intentando sobrevivir. Luchando por hacerlo.

El tren tenía más espacio. Mi madre se sacó su sobretodo y lo colocó en el piso para que Antonella y yo nos recostáramos. Entretanto, le pedí que me diera mi libreta de anotaciones junto con un lápiz. Comencé a escribir:

Querido diario. Me encuentro en una travesía totalmente desconocida. Nos han tocado el timbre ayer por la mañana, y nos dijeron que teníamos que abandonar la casa y que lleváramos lo mínimo e imprescindible con nosotros. Papá les hizo caso, y ayudó a empacar las valijas con mamá para que nos marcháramos. Llevamos ya un día entero en este tren, y aún no sabemos dónde nos dirigimos. He conocido a Antonella. Juntas hemos cantado, jugado, pero ella llora mucho, ¡Y con toda la razón! Sus padres han sido obligados a bajar, y la dejaron sola, pero todavía no sabemos el motivo. Supongo que lo descifraremos al arribar a nuestro destino final. Pero me da miedo llegar. No sé con qué me voy a encontrar. No sé qué va a pasar. Estoy asustada diario mío. Sé que te dije que soy una niña muy fuerte, y que a mí nada me detiene, pero esto sí me da miedo. Llevamos infinitas horas aquí arriba, y por las fisuras de las maderas solo se ve un gran desierto. La nada misma. Mi intuición me dice que me acobarde ¡Y comienzo a hacerle caso! Tengo miedo... Mucho miedo... Solo pido que Dios nos cuide, que todo salga bien. Te tengo que dejar, los guardias y soldados están volviendo a gritar. Mi mayor deseo es volver a reencontrarnos todos, en algún momento, muy pronto. Firma, Lonia.

Finalmente el tren se detuvo.

- ¡Tercera parada! ¡Todos abajo ya! ¡Repito, tercera parada! ¡Todos abajo!

Alzaba la vista y frente a mí un portón que indicaba: “*Arbeit macht frei*”.

“Arb...ei mach...macht frei ¿Qué significaban esas palabras?”.

Mi madre me tomaba la mano con más fuerza, mientras su cara se desfiguraba por completo. Caían lágrimas por sus ojos, y su mirada estaba perdida en el horizonte. Su cuerpo se inclinaba hacia abajo, a punto de derrumbarse. Sus piernas temblaban, mientras intentaba aferrar sus pies al piso con más fuerza.

Se arrodillaba ante mí, con la cara destruida por el llanto. Me miraba detenidamente. Su cara me aterraba. Mi estómago se revolvía, y mi mente ya no sabía en qué pensar. Mi madre se volvía a parar y nuevamente miraba fijamente el cartel.

- ¡Se separan en dos filas inmediatamente! ¡Mujeres por un lado, niñas por el otro!
¡Separadas ya! ¡Dos filas! -gritaban los soldados enloquecidamente-

Mi madre me tomaba de la mano mientras temblaba sin parar. Me decía que no me quería soltar, pero que esto sería temporal. Me miraba a los ojos y me suplicaba que lucho, que lo haga sin parar. Me rogaba que sea fuerte, que resista. Imploraba que mantenga la esperanza, y que nunca la pierda. Mientras lloraba de manera inhumana, me decía que pronto nos volveríamos a ver. Luego, acompañada por una gran fila de mujeres de aproximadamente su edad, caminaba dentro de lo que parecía ser un pequeño edificio. Yo la miraba alejarse. Pero lo que se adueñaba de mi atención era el humo que salía por las chimeneas de esta construcción. Me imaginaba la chimenea de un hogar. A mi madre entrando a un palacio de cristal.

Pero aquella división sería la que me separaría de mi madre por el resto de la vida. Aún no lo sabía. Esa separación rompería mi corazón en mil pedazos, y lo dejaría dañado eternamente. Esa desunión sería un tatuaje que me acompañaría para siempre. Pero a la vez sería la causa para seguir. Sería mi fuerza para ganar. Aquel alejamiento significaría mi motivación para sobrevivir. Sería lo que me separaría de la muerte y me aferraría a la vida. Lo que me mantendría firme ante tanto dolor. Sería la división más triste de mi vida, la que se llevaría a mi madre para siempre. Pero a la vez sería mi motor para no permitir que se roben una vida más. No la mía.

Mi abuela Lonia falleció el 03-05-2017, a los 93 años de edad, luego de haber formado una familia con hijos, nietos y bisnietos. Este cuento se lo dedico a mi eterna luchadora, con todo el corazón. Siempre estará acompañándome en cada uno de mis pasos.